



MARGARET  
MOORE

*Cómplices en  
las sombras*

MARGARET  
MOORE  
*Cómplices en  
las sombras*



HARLEQUIN™

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2008 Margaret Wilkins. Todos los derechos reservados.  
COMPLICES EN LAS SOMBRAS, N° 226 - 1.5.09  
Título original: Knave's Honor  
Publicada originalmente por HQN™ Books.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin, logotipo Harlequin y Mira son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N. eBook: 978-84-6717-219-5

I.S.B.N.: 978-84-671-7219-5

Depósito legal: B-11648-2009

Editor responsable: Luis Pugni

Impresión y encuadernación: LITOGRAFÍA ROSÉS, S.A.

C/. Energía, 11. 08850 Gavá (Barcelona)

Fecha impresión Argentina: 28.10.09

Distribuidor para México: CODIPLYRSA

Distribuidor exclusivo para España: LOGISTA

Distribuidores para Argentina: interior, BERTRAN, S.A.C. Vélez Sársfield, 1950. Cap. Fed./ Buenos Aires y Gran Buenos Aires, VACCARO SÁNCHEZ y Cía, S.A.

Distribuidor para Chile: DISTRIBUIDORA ALFA, S.A.

# 1

## *The Midlands, 1204*

—Creía que iba a volverme loca si tenía que seguir sentada en ese carromato —se quejó lady Elizabeth de Averette mientras se levantaba el borde de la falda y se dirigía hacia la orilla de un riachuelo.

—¿No creéis que deberíamos quedarnos con los hombres? —le preguntó su doncella que miraba nerviosamente a la escolta de soldados que también había desmontado.

Los hombres bromeaban y maldecían entre ellos mientras llevaban los caballos a abrevar o los dejaban pastando la hierba abundante que había al borde del camino. Algunos habían sacado mendrugos de pan de sus bolsas o daban sorbos de cerveza. El cabecilla del cortejo, Iain Mac Kendren, no hacía ni una cosa ni la otra. Estaba en jarras y con los pies bien plantados en el suelo, como si fuera una estatua; sólo el ligero mo-

vimiento de su cabeza daba a entender que estaba vivo y vigilante.

—Anoche oí al posadero hablar sobre un ladrón que asalta a los viajeros por esta zona —dijo Keldra casi sin respiración por el miedo—. ¡Un hombre enorme, bárbaro y espantoso!

Lizette, como la conocían sus hermanas y la gente de Averette, la miró con una sonrisa condescendiente. Keldra sólo tenía quince años y no estaba acostumbrada a viajar. No le extrañaba que se asustara con cualquier historia de ladrones, por muy exagerada o disparatada que fuera.

—Según una de las mozas, es un ladrón muy apuesto. También dijo que no roba a las mujeres si le dan un beso, pero a mí me parece como sacado de la canción de un juglar. Pero, sea como sea el ladrón, tenemos cincuenta hombres para protegernos, además de Iain Mac Kendren, y estoy segura de que no nos pasará nada.

—Eso espero —susurró Keldra como si temiera que el ladrón pudiera oírla.

Lizette, sonriente y encantada de salir del encierro del carromato, se quitó la diadema de plata y el velo de seda y se agachó al borde del arroyo.

—Si se conforma con un beso en vez de mis ropas y joyas, creo que hasta podría divertirme encontrármelo.

—¡Milady...! —exclamó Keldra escandalizada, lo cual demostró lo poco que conocía a su señora.

Lizette tomó agua con las manos y se la llevó a los labios.

—¿No te gustaría besar a un granuja apuesto?

—¡No si es un forajido!

—Yo preferiría besar a un forajido apuesto que a algunos cortesanos que darían por supuesto que quierro casarme con ellos —replicó Lizette mientras se incorporaba.

Los hombres podían gustarle y le gustaban. Disfrutaba con su compañía y el ingenio provocador del galanteo. También los envidiaba por su camaradería espontánea, aunque los envidiaba más por su libertad.

El matrimonio, no obstante, era algo completamente distinto. A la mayoría de las mujeres podía parecerles que ese vínculo era una forma de seguridad, pero después de haber presenciado lo que les había pasado a sus padres, a Elizabeth de Averette no se lo parecía.

—Yo no tengo joyas, milady —comentó Keldra mientras también se agachaba a beber—. ¡Podría obligarme a besarlo!

—Que le besen a una en contra de su voluntad es muy desagradable —reconoció Lizette.

Más de un pretendiente ansioso que había ido a Averette buscando una novia adinerada, se había precipitado al intentar seducir a la hija más joven, y supuestamente más incauta, del señor. Como aquella vez que un noble borracho la arrinconó en la capilla y no hubo forma de convencerlo para que la dejara marchar hasta que le prometió que lo vería más tarde en un sitio más discreto. Su hermana mayor acudió en su lugar y si bien Adelaide nunca le contó exactamente lo que había acontecido, lord Smurton y su séquito se marcharon con las primeras luces del día siguiente sin despedirse siquiera de su anfitrión.

—Naturalmente, no me gustaría encontrarme con el ladrón —añadió Lizette escuchando a los pájaros

que cantaban como si nada los preocupara—. Sería aterrador.

—¡Milady...!

Lizette levantó la mirada por el grito de Keldra y vio a la doncella que señalaba el velo de seda que se alejaba corriente abajo por el riachuelo. Lizette dejó escapar una ristra de maldiciones, se levantó la falda y se metió en el agua para perseguirlo. No se atrevió a correr porque las piedras estaban resbaladizas, pero tenía que recuperar el velo. Iain, sin duda, le diría que merecía perderlo si era tan descuidada y no le permitiría volver a alejarse de él durante todo el viaje de vuelta a casa.

Mientras intentaba encontrar un palo para alcanzarlo y no perder de vista el velo, un hombre apareció en la orilla opuesta del arroyo como si hubiera surgido de la nada.

—¡No os asustéis, milady! —exclamó el desconocido cuando ella se quedó petrificada—. No voy a haceros nada.

Él se soltó la vaina de la espada y la dejó en una roca. Efectivamente, si se quitaba la espada e iba solo, no era probable que quisiera hacerle algo. Además, parecía educado y de condición elevada; un caballero andante, cuanto menos, si no un lord o un barón.

Fuera quien fuese, llevaba una sencilla túnica de cuero sin camisa debajo, calzas oscuras y unas botas normales y corrientes. Allí, junto al arroyo y delante de la arboleda, parecía una especie de dios de los bosques; aunque quizá esa idea se le hubiera ocurrido por su sencilla vestimenta y su pelo oscuro y ondulado.

Empezó a cruzar el profundo arroyo y cuando alcanzó el velo, lo sacó del agua con la misma facilidad con que otro hombre habría podido arrancar una margarita del suelo. Entonces, levantó el paño mojado como si fuera un trofeo de guerra.

—Permitidme que me presente —dijo él con un tono de voz musical mientras se acercaba a ella—. Soy sir Oliver de Leslille, de Irlanda.

Sir Oliver... un caballero. Su procedencia irlandesa explicaba ese deje encantador que hacía que pareciera que estaba cantando en vez de hablando. También tenía una frente despejada, que denotaba inteligencia, una nariz recta y fina muy destacable y una barbilla que era exactamente como tenía que ser la barbilla de un hombre. Además, sus labios eran carnosos y esbozaban una sonrisa tan atractiva que parecía increíble.

Ella notó como si algo se hubiera removido en sus entrañas, como si un ligero terremoto hubiera movido la tierra debajo de sus pies o como si el aire fuera distinto... o como si algo en letargo se hubiera despertado.

—Estaba cazando con unos amigos, pero me he separado de ellos —le explicó sir Oliver cuando llegó a la orilla y se quedó al lado de ella.

El velo estaba chorreando y ella no pudo evitar fijarse en que él tenía las calzas de lana completamente ceñidas a unos muslos muy musculosos.

—Como tenía mucha sed —siguió él—, me he parado aquí y entonces he oído vuestros, mmm, lamentos. Muy expresivos, por cierto.

¡La había oído maldecir...! Ella no se abochornaba fácilmente, pero en ese momento lo estaba tanto

que casi deseó que el torrente se desbordara y la arrastrara con él. Casi.

Tampoco se ruborizaba casi nunca, pero también estaba haciéndolo e incluso se dio cuenta de que debería decir algo. Al menos, darle las gracias. Desdichadamente, se había quedado muda, algo insólito, y se encontraba absorta en los ojos marrones de ese desconocido tan apuesto que había cruzado las aguas como si lo hiciera todos los días y no estuvieran gélidas.

—¡Tenéis que estar helado!

—He pasado más frío muchas veces, milady —replicó él mientras le daba el velo empapado—. Compensa pasar un poco de frío por una mujer tan encantadora.

—Yo... os lo agradezco... —balbució ella.

¿Qué demonios estaba pasándole? Nunca había parecido tan necia y simple, pero, sencillamente, no podía pensar con claridad, no podía juntar dos palabras con coherencia ni se le ocurría otra cosa que no fuese que era el hombre más impresionante que había visto.

—Os agradezco mucho que lo hayáis recuperado. Pagué bastante por él, mi hermana habría dicho que demasiado, y me habría disgustado perderlo. Ha sido una suerte que estuvierais cerca; aunque estáis muy lejos de Irlanda.

Que Dios se apiadara de ella, había empezado a hablar sin ton ni son.

—Efectivamente, milady, lo estoy —concedió él con un brillo burlón en los ojos—. ¿Quién sois vos?

¡Una necia, una cretina!

—Soy Lizette... Quiero decir, soy lady Elizabeth de Averette.

El hombre señaló a alguien con la cabeza.

—Supongo que ella será vuestra doncella. Confío en que no viajaréis solas...

—Si, no, si... Efectivamente, ella es mi doncella y, naturalmente, llevo una escolta de...—¿cuántos eran?— cincuenta hombres. Estarán cerca.

—Me alegro de saberlo. Hay ladrones por los alrededores y seríais un... bocado apetecible.

Él lo dijo con una mirada que hizo que a ella se le secara la garganta y el corazón se le acelerara.

—Eso he oído decir. Me refiero a que hay ladrones no a que... no me gustaría parecer vanidosa... o insinuar... —ella se calló y se llamó majadera para sus adentros.

Sir Oliver se rió levemente.

—Sois tan modesta como hermosa. Es una combinación irresistible.

Se le iba a caer la baba como a una niña encandilada si él seguía mirándola de aquella manera y podría acabar diciendo... cualquier cosa. Si él la hubiera arrinconado en la capilla, ¿quién sabría lo que podría haber hecho?

—Averette... Está en Kent, ¿verdad? —preguntó él.

—¡Sí...! ¿Habéis estado allí?

¡Qué pregunta tan tonta! Si él hubiera estado en Averette, lo recordaría.

—No, nunca he estado en Kent. Sin embargo, conocí a vuestra hermana en la corte.

Ella se sintió desgarrada por la decepción y el abatimiento. Si había estado en la corte y había conocido a Adelaide, estaría comparándolas y nadie superaba a Adelaide en lo que a belleza se refería. Los

hombres que habían pretendido su mano, antes lo habían intentado con Adelaide y ella los había rechazado.

Él sonrió más todavía y ella supuso que se debía a que estaba pensando en Adelaide.

—La verdad es que le pedí que se fugara conmigo, pero no quiso. Prefería a otro hombre...

A Lizette se le dispararon la furia y la envidia. Él habría sentido en carne propia el dolor hiriente por el rechazo de Adelaide... y Adelaide podía ser muy hiriente.

—Qué desdichado —replicó ella mientras recuperaba la confianza y le sonreía—. ¿Por qué no me lo pedís a mí en cambio?

Fue una ocurrencia bastante disparatada, aunque, seguramente, él se reiría y contestaría algo ingenioso, que era lo que siempre hacían los cortesanos y nobles apuestos.

Sin embargo, él se puso serio y habló con un tono delicado que fue como una caricia íntima y descarada para ella.

—¿Aceptaríais si lo hiciera?

Tenía que estar provocándola. No podía haberlo dicho en serio. Sin embargo, el corazón se le desbocó como si quisiera escapar de sus costillas y los pulmones le dejaron de funcionar. Por todos los santos, llevaba toda su vida buscando emoción y aventuras y allí las tenía en carne y hueso; y vaya carne y huesos...

—¡Milady!

Se había olvidado completamente de Keldra, de Iain y de todo menos de sir Oliver de Leslille.

Miró por encima del hombro y vio a Iain Mac

Kendren que se acercaba a ellos con la espada desenvainada y una expresión de pocos amigos en su rostro curtido por el sol.

Iain, que tenía cuarenta y cinco años como poco, llevaba todo el trayecto desde el castillo de lord Delanpont sin hacer caso de sus quejas porque el balanceo del carromato la mareaba. También había dejado muy claro que le fastidiaba tener que llevarla a Averette, aunque no podía fastidiarle más que a ella, que la habían reclamado en casa como si fuera una chiquilla.

No obstante, lord Oliver no parecía intimidado por el aspecto agresivo de Iain y se dirigió a ella con el mismo brillo burlón en los ojos.

—¿Quién es...? —preguntó con una ceja arqueada—. Espero que no sea un padre o un marido furioso.

—¡No! —ella se aclaró la garganta para hablar con un tono más propio de una dama—. No, es el comandante en jefe de la guarnición de Averette, el jefe de mi escolta.

Ella se volvió hacia Iain y se dirigió a él con la esperanza de parecer autoritaria.

—Iain, envaina la espada. Se trata de sir Oliver de Leslille y no tiene malas intenciones.

Iain se detuvo, se apoyó una mano en la cadera y miró a sir Oliver de arriba abajo, quien seguía empaquetado. Pese al título, Iain no parecía impresionado, pero el escocés se había jugado la vida en bastantes batallas y no se impresionaba fácilmente.

—Buenos días, milord —lo saludó con la mínima cortesía exigible—. ¿Estáis viajando solo? Es peligroso, ¿no os parece?

—Como ya he explicado a vuestra señora. Estoy cazando con unos amigos —contestó sir Oliver con amabilidad pese al tono brusco e insolente de Iain—. Me he apartado de ellos. No obstante, como está haciéndose tarde, debería buscarlos si no quiero pasar la noche en el bosque y tener que cenar avellanas.

—Nosotros pasaremos la noche en el Fox and Hound —comentó Lizette—. Podríais mandar un recado por la mañana para decir cómo estáis. Me preocuparía que cayerais enfermo por haberme ayudado.

Sir Oliver desvió la mirada hacia el receloso y ceñudo Iain.

—Me halaga vuestra preocupación, pero creo que no lo haré, milady.

Lizette arrugó los labios y deseó que Iain estuviera en Averette.

—Como él ha dicho, milady —intervino Iain—, está haciéndose tarde y ya nos hemos entretenido bastante.

Salvo que quisiera quedarse en la orilla del arroyo y discutir con Iain, tendría que marcharse. Además, tampoco sería beneficioso para sir Oliver quedarse allí con las calzas y las botas mojadas.

—Adiós, sir Oliver.

Ella lamentó despedirse como nunca había lamentado despedirse de un joven. Le habría encantado que sir Oliver y ella se hubieran conocido en otras circunstancias, como en una fiesta, donde hubieran podido hablar. Seguro que era una compañía divertida. Quizá hubieran bailado... se habrían tocado... y se habrían perdido en un rincón oscuro para besarse...

El noble hizo una reverencia muy elegante antes de dirigirse a Iain.

—Confío en que la custodiéis, Mac Kendren, y no temáis que vaya a escabullirme en la posada al amparo de la oscuridad. No soy de ese tipo de nobles.

Iain se limitó a gruñir como toda respuesta. Debería haberle parecido de lo más inaceptable, pero Lizette se encontró intentando dominar su decepción por pensar que podría haber conocido a un hombre que podría haberla tentado a hacer el amor sin necesidad de casarse con él, pero que era más íntegro que la mayoría. No obstante, pese a su anhelo secreto, era una ofensa insinuar que sir Oliver intentaría colarse en la habitación de una mujer y tenía que dejarlo claro.

—Debéis perdonar al comandante por su falta de cortesía, sir Oliver. Se toma su deber muy en serio.

Sir Oliver volvió a sonreírle.

—Me alegro por vos, milady. Son tiempos peligrosos y hay hombres malvados por esta zona —retrocedió por el arroyo—. Ahora, debo despedirme.

Ella, al comprender que no había otra alternativa, inclinó la cabeza mientras Iain alargaba el brazo para conducirla al carromato.

—Adiós, sir Oliver.

Lizette apoyó la mano en el antebrazo cubierto de cota de malla y dejó que la llevara consigo. Miró por encima del hombro, pero sir Oliver de Leslille se había marchado. Había desaparecido como un auténtico espectro del bosque o como un hechicero que se había quedado el tiempo justo para hechizarla.

Lizette se apoyó en los almohadones que estaban amontonados en el fondo del carromato mientras tra-

queteaba una y otra vez camino de casa. Preferiría haber ido montada a caballo. No obstante, dada la enfermedad que había padecido hacía un par de semanas, una enfermedad que exageró cuando Iain se presentó poco después de la boda de Marian, la hija de lord Delapont, y él, como siempre hacía, le comunicó tajantemente que tenía que volver a casa en ese instante, tuvo que aceptar de mala gana sus órdenes aunque, como ya le había explicado, el movimiento del carromato le ponía el estómago del revés.

Sin embargo, en ese momento tenía sus compensaciones, ya que su doncella se había quedado dormida y ella pudo cerrar los ojos. Podía deleitarse con el encuentro con sir Oliver. Naturalmente, recuperar un velo no era tan apasionante como rescatar a una doncella de un dragón que echaba fuego por la boca, pero aun así, había sido emocionante y, con certeza, la había sacado del tedio del viaje. Además, estaba segura de que sir Oliver sería capaz de derrotar a un dragón si tenía que hacerlo... o a lo que se le pusiera por delante. Había conocido a muchos caballeros que habían cortejado a su hermana mayor y no había visto a ninguno con esas espaldas tan magníficas ni con unos muslos tan poderosos.

Quizá él volviera pronto a la corte, un sitio al que ella no había querido ir porque el rey estaba allí. Detestaba a John porque obligaba a pagar tributos que costearan las guerras que libraba para recuperar sus feudos perdidos en Francia y porque era su tutor, lo que le confería autoridad para casarla si quería.

Quizá sir Oliver estuviera casado o prometido. Quizá por eso no le había dicho con quién estaba y no le mandaría un recado a la posada; aunque la brus-

quedad y el recelo de Iain también podían explicar esto último.

Si no estuviera casado...

Se acordó de algunas de las cosas que las chicas y las mujeres susurraron durante la boda. Las más jóvenes hablaron de la emoción de un beso, del roce de un brazo o de la visión de un pecho desnudo. Las mayores hablaron de otras cosas, sobre todo, cuando no se daban cuenta de que la curiosa Lizette estaba cerca; de cosas más íntimas que los hombres y las mujeres hacían en la oscuridad, estuvieran casados o no. Cosas que le recordaban a cuando había estado en el bosque para celebrar la fiesta por la llegada de la primavera o el verano y había oído susurros y leves gemidos en la oscuridad. Se había arrastrado para ver qué significaban esos ruidos y había visto a parejas abrazadas apasionadamente y que hacían mucho más que besarse.

¿Qué se sentiría al estar entre los brazos de sir Oliver? Al fin y al cabo, no era una novicia que esperaba casarse con Dios. Cuando prometió no casarse, no prometió ser casta.

Aun así, eso no significaba que estuviera dispuesta a hacer el amor con el primer hombre apuesto que se le cruzara por el camino. Sería un riesgo muy grande, sobre todo si se quedaba esperando un niño. No quería imaginarse lo que haría el rey John si se enteraba de que su valor para el matrimonio se había reducido tan drásticamente.

Pese al riesgo, y, por una vez, sentía mucha curiosidad por saber algo sobre el apuesto y caballeroso sir Oliver, quien podría estar visitando a algún noble o rico hacendado con tierras por esa comarca. Quizá

Dicken, el cochero, supiera algo porque ya había estado algunas veces por esa parte del país.

Se levantó de los almohadones y apartó la lona que separaba la caja del carromato del asiento del cochero. El tamaño de Dicken ocupaba casi todo el asiento, pero pudo ver el yelmo reluciente de Iain que cabalgaba delante de sus hombres como si fuera el rey.

También estaba leyendo un pergamino que llevaba en la mano derecha. Ella no sabía que Iain Mac Kendren hubiera recibido una carta o mensaje de cualquier tipo en todos los años que llevaba de servicio en Averette. Más aún, le sorprendía que supiera leer.

Quizá fuera un mensaje que había llegado de Averette, pero habría dicho algo si hubiera tenido noticias de Gillian. También se imaginó que podía ser de Adelaide, desde la corte, pero eso parecía más improbable. Quizá fuera algo personal, aunque costaba imaginarse qué podía ser. Que ella supiera, Iain no tenía familia. Podía tratarse de una lista de armas o de hombres. No podía ser algo importante porque, si no, se lo habría dicho, se dijo a sí misma para no preocuparse.

—Dicken...

El cochero brincó como si saliera del sopor.

—Milady...

—¿Sabes qué nobles tienen tierras por estos contornos?

—No, mmm, no, milady. Seguramente Iain lo sepa. ¿Queréis que lo llame?

—No, no importa. Ya se lo preguntaré cuando lleguemos a la posada —contestó Lizette.

—Milady...

Lizette se volvió para mirar a su doncella, que estaba frotándose los ojos.

—¿Cuánto tiempo creéis que tardaremos en llegar a la posada?

—No lo sé —contestó Lizette con un suspiro al no saber si volvería a ver a sir Oliver de Leslille—. Espero que no mucho.

Estaba a punto de bajar la lona cuando vio otra partida de hombres armados que se acercaba por el camino.

—¿Quiénes son...? —masculló Dicken como si le hubiera leído el pensamiento.

Quizá fueran sir Oliver y su partida de caza, se dijo ella con entusiasmo. Entonces, reconoció al hombre que los encabezaba y, categóricamente, no era el apuesto sir Oliver.

—¿Es Lindall...!

El bajo y corpulento subcomandante de la guarnición de Averette tendría que estar allá, no dirigiéndose hacia ellos. ¿Habría pasado algo?

Keldra se puso a su lado en la parte delantera del carromato y miró por la abertura.

—¿Qué hace aquí? —preguntó con un tono de preocupación como el de Lizette.

—Seguramente lo hayan mandado para que también no escolte —contestó Lizette para tranquilizarla y tranquilizarse.

Sin embargo, no se tranquilizó en absoluto al no reconocer a ninguno de los hombres que iban con él. Peor aún, ni siquiera parecían soldados de Averette; llevaban distintos tipos de cota de malla y túnicas de cuero y parecían más bien una variopinta banda de forajidos o mercenarios.

—No me gusta cómo pinta esto —farfulló Dicken mientras agarraba la empuñadura del puñal que llevaba al cinto—. Será mejor que volváis al carromato mientras aclaramos qué está pasando, milady.

Keldra se metió inmediatamente y se hizo un ovillo entre los almohadones.

Lizette se quedó un poco más llevada por la curiosidad. Vio a Iain que paraba el caballo, que se dirigía a Lindall y que éste giraba el yelmo como si también observara al grupo de hombres.

Entonces, con una velocidad que a ella le pareció increíble, Lindall blandió la espada y derribó a Iain.

## 2

El escocés, tomado por sorpresa, cayó del caballo con un sonido sordo. Le brotaba sangre del corte que tenía en el hombro derecho de la cota de malla.

Lizette dejó escapar un grito, se levantó y se golpeó la cabeza contra la estructura de madera del carromato. Dicken soltó una maldición y azotó con las riendas los lomos de los caballos. Salieron disparados y Lizette cayó de espaldas yendo a parar encima de la temblorosa Keldra. Afuera, los hombres gritaban, los caballos relinchaban y acto seguido, las espadas entrechocaban.

El carromato se movió hacia delante y atrás mientras Dicken maldecía e intentaba hacerse con el dominio de los caballos. Lizette se arrodilló, se agarró con todas sus fuerzas al respaldo del asiento e intentó ver algo por la abertura de la lona a pesar de que el cuerpo del gigantesco hombre iba de un lado a otro.

Era como si estuvieran atrapados en medio de un tumulto o de dos ejércitos enfrentados. ¿Dónde estaba Iain? No podía verlo. Como tampoco podía decir quién estaba ganando.

Entonces, vio a Iain en el suelo. Estaba inmóvil. Por todos los santos, Iain, el mejor soldado de Averette, estaba inmóvil. Muchos de sus hombres estaban pie a tierra y algunos sangraban. Unos pocos enarbolaban sus espadas desde los caballos. Caballos sin jinetes corrían desbocados por el camino con los ojos desorbitados por el olor a sangre. Los caballos del carromato se empujaban unos a otros incapaces de escapar.

Lizette, con la cabeza dolorida por el golpe, apartó a la sollozante Keldra y agarró un pequeño baúl de madera. Levantó la tapa y sacó la daga que tenía escondida entre la ropa interior.

Dicken soltó un alarido. El carromato se inclinó vertiginosamente hacia la izquierda, como un barco azotado por la tormenta, y volvió a caer con un estruendo sobre las ruedas de la derecha mientras el enorme cuerpo de Dicken caía de espaldas y arrancaba la lona del carromato. Tenía una flecha clavada en el pecho, la sangre le manaba a chorros de la herida y se quedó con la mirada fija en la estructura desnuda del carromato.

Keldra empezó a gritar. Lizette agarró la daga e intentó pensar. Tenían que salir de allí. Si los hombres estaban ocupados con la batalla, si estaban preocupados por sus vidas, Keldra y ella quizá pudieran escapar.

Estimulada por esa esperanza, agarró a Keldra del brazo y la arrastró a la parte de atrás del carromato.

—Tenemos una oportunidad, ¡pero tenemos que correr!

Se puso la daga entre los dientes para tener las manos libres y se bajó. Golpeó el suelo entre un crujido de huesos y levantó la mirada para ver que Keldra seguía sentada donde la había dejado y con la cara tapada por las manos. Lizette se quitó el puñal de la boca.

—¡Vamos, Keldra! ¡Tenemos que salir corriendo!

—¡No puedo! ¡No puedo!

—¡Sí puedes! ¡Tienes que hacerlo!

Un hombre rodeó el carromato; era Lindall con una sonrisa diabólica y la maldad reflejada en sus rasgos conocidos y vulgares.

—Me parece que alguien le ha dado un juguete a milady —dijo él con desdén mientras la miraba.

Ella agarró la daga con todas sus fuerzas y retrocedió.

—¿Qué haces aquí? Tendrías que estar en Averette.

—Si me hubiera quedado allí, ¿qué habría obtenido? —preguntó él elevando la voz por encima del fragor de la lucha—. Algo de comida, un sitio para dormir y un poco de dinero para divertirme de vez en cuando.

Él sonrió y ella pudo ver sus dientes roídos y sus ojos cargados de odio.

—Ahora soy un hombre rico... o lo seré enseguida. Lord Wimarc me ha prometido cien marcos si os entrego a él.

—¿Quién es lord Wimarc? —preguntó ella con perplejidad—. ¿Qué quiere de mí?

—Pronto lo sabréis, milady —contestó Lindall mientras se acercaba a ella.

Lizette lo esquivó dispuesta a salir a corriendo, pero se acordó de Keldra, que seguía llorando en el carromato. Keldra, que tenía quince años y estaba aterrada. Se dio media vuelta y lanzó un golpe a Lindall. Él levantó el escudo y lo paró fácilmente. Luego, la agarró de la muñeca derecha y se la retorció hasta que soltó la daga con un grito. La alejó con una patada de su bota manchada de sangre.

—Ni intentéis resistiros, milady —la atrajo hacia sí hasta que ella pudo oler su aliento hediondo—. Superamos en número a vuestros hombres y los míos son unos asesinos despiadados que han llegado de toda Europa. Vuestros hombres están derrotados y sois mía... al menos, hasta que os entregue a lord Wimar. No causéis molestias u os arrepentiréis.

El carromato no le dejaba ver la batalla, pero no podía creer que sus hombres fueran a caer derrotados, los había instruido Iain Mac Kendren. Daba igual que fueran más o menos. Acabarían venciendo.

—Te capturarán y te colgarán por lo que has hecho —arremetió ella—. Si has hecho algo a Iain...

—¿Hacerle algo? —preguntó Lindall entre carcajadas—. Lo he matado.

Ella dejó escapar un grito de dolor para sus adentros y le flaquearon las rodillas, pero él la agarró con fuerza de la cintura.

—Vos estáis presa, milady, y ahora voy a recibir mi dinero.

Se sintió dominada por la furia y el dolor le dio fuerzas. Apretó los dientes y se plantó con firmeza en el suelo. Fuera lo que fuese lo que Lindall pensaba hacer y a donde quisiera llevarla, tendría que arrastrarla.

Él, sin soltarle la muñeca y con la espada en la mano derecha, le dio una patada en la pierna izquierda.

—He dicho que no me causéis molestias. Os paritaré la pierna si tengo que hacerlo.

Lizette estuvo a punto de caerse mientras él tiraba de ella hacia el carromato, pero se mantuvo en pie, se revolvió, forcejeó e intentó golpearlo.

—¡No te muevas, Keldra! —le ordenó ella cuando llegaron.

Dentro, Keldra estaba hecha un ovillo tembloroso.

—¡No te bajes diga lo que diga él o haga lo que haga!

Lindall la estrechó contra sí.

—Cierra el pico, niñata estúpida; siempre con esa naricita muy levantada y riéndote mientras los demás teníamos que trabajar, marchar y cavar a las órdenes de ese maldito escocés.

Ella siguió resistiéndose y la cara de Lindall adoptó otra expresión, una que la amenazó con un tipo de pánico completamente distinto.

—Wimarc no dijo en ningún momento que tuviera que ser virgen. No dijo nada al respecto. Os tomaré y es posible que a vuestra doncella también. Quizá los demás hombres también deberían cataros antes de que reciba mi dinero.

Lizette, realmente aterrada, luchó con más fuerzas mientras Keldra empezó a gritar con toda su alma.

—¡Cállate! —le ordenó Lindall con un bramido.

Sin embargo, en ese momento, cuando él estaba distraído con Keldra, Lizette vislumbró una ocasión. Apoyó las manos en el pecho de él y empujó con todas las fuerzas que pudo reunir. Él se golpeó con el borde del carromato y cayó de rodillas.

—¡Vámonos! —gritó a Keldra.

Esa vez, su doncella no vaciló. Se bajó por un costado del carromato y empezó a correr camino abajo. Lizette se levantó la falda para no tropezarse y salió detrás de ella. La capa le ondulaba como una vela al viento, se le cayó primero la diadema y luego el velo, pero le dio igual. Además, el corpiño estaba demasiado ajustado para correr y casi no podía respirar, pero aun así no se paró. Hasta que una mano la agarró de la capa y la detuvo de golpe.

—¡Ni hablar...! —rugió Lindall mientras tiraba de ella—. ¿Creíais que ibais a escaparos cuando lord Wimarc me ha ofrecido todo ese dinero y puedo aprovecharme de vos?

Lizette dejó escapar un sollozo de miedo e impotencia mientras Keldra seguía corriendo sin mirar atrás; dejándola sola.

—Suelta a la dama y tira la espada o te atravieso y te mando de cabeza al infierno.

Lizette se quedó sin aliento. Conocía esa voz. ¡Por Dios bendito, conocía esa voz! ¡Sir Oliver había acudido como un paladín a rescatarla! Con un sonido a medio camino entre el sollozo y el grito de júbilo, se dio la vuelta y vio a sir Oliver con la punta de la espada apoyada en la espalda de Lindall, que tenía las manos levantadas en señal de rendición.

—Id tras vuestra doncella, milady —le dijo Oliver—. Deprisa, antes de que los hombres de este miserable se den cuenta de que estáis escapando.

Ella asintió con la cabeza y se agarró las faldas, pero vaciló.

—¿Y vos?

Sir Oliver sonrió sin rastro de alegría.

—Pronto estaré con vos, milady.

Ella, complacida y aliviada, pero sin sentirse a salvo, obedeció y salió corriendo.

El irlandés, a quien a veces llamaban sir Oliver de Leslille, esperó a que Lady Elizabeth se hubiera perdido de vista y ordenó al canalla que tenía al extremo de su espada que se dirigiera hacia el bosque.

No había pensado inmiscuirse, ni siquiera había estado siguiendo el cortejo de lady Elizabeth, pero estaba cerca y había oído el ruido de la lucha. Cuando vio que el escocés curtido en mil batallas yacía muerto en el suelo, supo que tenía que encontrar a la dama y a su doncella para ponerlas a salvo. Gracias a Dios, dio con ellas enseguida... aunque quizá no fuera tan heroico como quería pensar. Cuando ella hizo frente a su enemigo con el pelo rubio desmelenado y la ropa arrugada y manchada de barro, lady Elizabeth no fue una víctima sumisa y aterrada. Pudo ver un valor feroz en sus ojos y supo que habría luchado hasta la muerte para defenderse y, lo que era más impresionante, para defender a su doncella.

—Deprisa —ordenó al villano que había encabezado el ataque contra el cortejo de lady Elizabeth.

Cuando estuvieron al abrigo de los árboles, el patán se dio la vuelta con cautela, pero sin miedo.

—No queréis matarme. Puedo proporcionaros dinero, mucho dinero. Lizette, lady Elizabeth, la mujer que habéis dejado escapar... Lord Wimarc de Werre me ofreció una recompensa si la llevaba a su castillo.

¿Eran hombres de Wimarc? ¿No eran una banda de forajidos sino mercenarios de ese noble? Enton-

ces, ese ataque había sido una orden suya, pero ¿por qué? Podría haber sido para forzar un matrimonio, pero Wimarc ya tenía esposa.

¿Una violación?

Ciertamente, lady Elizabeth era encantadora y animada y él no descartaría que Wimarc fuera capaz de violar a alguien, pero raptar a una muchacha tutelada por el rey, y tenía que estarlo porque su hermana Adelaide lo estaba, era un delito muy distinto a violar a una sirvienta o campesina... o incluso a la hija o esposa de otro noble. Wimarc no se atrevería a hacer algo así a no ser que creyera que podía salirse con la suya o no le importara despertar la ira del rey.

—¿Qué quiere de ella?

—¿Quién sabe? —respondió el villano con la rubicunda cara sudorosa—. ¿Qué tenemos que ver los hombres como nosotros con sus gustos? Bastante tenemos con ocuparnos de nosotros mismos y él está dispuesto a pagar si se la llevamos.

Si llevaba a lady Elizabeth a Wimarc, podría entrar en su fortaleza, pero entrar no era lo complicado. Lo complicado era rescatar a su hermanastro y volver a salir, se dijo para sus adentros el irlandés.

Además, nunca utilizaría a una mujer para eso. A ninguna mujer, pero menos a una hermana de Adelaide d'Averette. Sin embargo, tampoco iba a permitir que ese bellaco lo supiera.

—Si ella es tan importante, quizá pague más todavía. No es una cantidad muy grande si hay que repartirla entre tanta gente.

—Wimarc me ofreció la recompensa sólo a mí. Los demás son mercenarios suyos. Yo no lo soy —el patán se lamió los labios reseco—. Además, no in-

tentaría regatear con él a no ser que quisiera acabar en sus mazmorras. ¿Sabéis lo que les pasa a sus prisioneros?

—Algo he oído.

Los mataba de hambre. Les daba algo de comida al principio y la iba reduciendo poco a poco hasta no darles nada. ¿Todavía comería algo Ryder?

El patán dio un paso adelante hasta que se paró bruscamente cuando el irlandés levantó la punta de la espada a la altura de sus ojos.

—Uno tiene que velar por sus intereses —dijo el villano con un tono de desesperación en la voz y chorros de sudor en la frente—. ¡Vamos, hombre! ¡Ha ofrecido cincuenta marcos! Te llevarás veinticinco sólo por ayudarme a capturar a una mujer.

—Me pareció que esa mujer estaba dándote algunos problemas.

—Es una indisciplinada, pero entre los dos la domaríamos fácilmente. Además, a Wimarc no le importa si es virgen o no. Al menos, nunca ha dicho que tuviera que serlo, de modo que puedes añadir eso a tu recompensa. Veinticinco marcos y una virgen preciosa; daría mi vida por eso.

El irlandés bajó la espada.

—Sabía que eras un hombre listo —dijo el patán con alivio—. Vamos. No puede estar lejos. También está su doncella. Esta noche vamos a pasarlo de maravilla.

Fue a pasar junto al irlandés, pero, en un abrir y cerrar de ojos, éste clavó la espada debajo del brazo de ese ser miserable con una acometida tan fuerte que le atravesó la cota de malla.

Mientras el irlandés sujetaba entre sus brazos al

que fue subcomandante de la guarnición de Averette, los ojos de Lindall se abrieron por la sorpresa, le brotó un hilillo de sangre entre los labios e intentó decir algo, pero no pudo.

—La violación no me interesa —dijo el irlandés mientras clavaba más la espada—. Esto es por las demás mujeres que hayas violado, por los hombres que han muerto hoy y, sobre todo, por la dama.

Lizette, intentó tomar una bocanada de aire. Tenía la espalda y los costados mojados el sudor cuando dobló un recodo del camino y vio a Keldra que se escondía inútilmente detrás de un nogal.

La muchacha dejó escapar un grito de alivio y salió corriendo hacia ella.

—Milady... —sollozó mientras la abrazaba—, ¿qué vamos a hacer?

Lizette se desembarazó delicadamente de los brazos que la atenazaban.

—No podemos quedarnos aquí —contestó—. Tenemos que escondernos y esperar a sir Oliver.

—¿Dónde?

—En el sitio más seguro que pueda encontrar.

—¿Cómo nos encontrará si estamos escondidas? —preguntó Keldra mientras seguía a Lizette.

—Sabe en qué dirección hemos ido y estaremos atentas.

Las ramas y los arbustos se engancharon en su capa y su pelo cuando se metió entre las sombras del sotobosque. El cansancio y la tensión por todo lo que habían pasado empezaron a adueñarse de ella. También quiso llorar; llorar y lamentarse de aflicción por

Iain, un hombre bueno que había muerto porque ella no había querido volver deprisa a casa. Se secó los ojos llenos de lágrimas. El duelo y las lamentaciones podían esperar. Tenían que encontrar un escondite seguro que no estuviera muy apartado del camino para poder esperar a sir Oliver.

Encontró una arboleda frondosa de hayas jóvenes alrededor de lo que parecía una charca donde se revolcaban los jabalíes. Ningún jabalí estaba usándola porque el fondo de lodo no estaba removido ni olía a esos animales. Allí estarían seguras.

Se abrió paso entre la espesura, con Keldra detrás, se arrodilló en el suelo cubierto de hojas y miró entre las delgadas ramas para cerciorarse de que podía ver el camino.

Keldra se sentó al lado de ella, se tapó la cara cubierta de lágrimas y siguió llorando.

Mientras esperaron lo que le parecieron varias horas, Lizette intentó no dejarse dominar por la desesperación o el abatimiento, aunque estaba abrumada por el recuerdo de la muerte de Iain y por el sentimiento de culpa. Si no se hubiera indignado tanto porque la habían reclamado en casa como si fuera una chiquilla, si no hubiera remoloneado por el camino, si no se hubiera puesto enferma y luego hubiera asegurado que seguía indispuesta y que tenía que viajar despacio, todos estarían sanos y salvos en Averette.

Quizá Iain no estuviera muerto sino herido. Lindall podía haber mentido o haberse equivocado. Quizá, si volvieran, podría encontrarse a Iain gravemente herido pero vivo.

Sin embargo, no se atrevía a volver al lugar de la

batalla hasta que sir Oliver hubiera aparecido y le hubiera dicho que podían volver. A lo mejor él sabía qué quería de ella ese tal lord Wimarc. A ella sólo se le ocurría que quisiera un rescate.

Por fin oyó algo. Se inclinó un poco y apartó algunas ramas. El alivio se mezcló con el miedo al ver a sir Oliver que escudriñaba entre los árboles con la espada en la mano. Estaba solo. ¿Dónde estaban sus compañeros de cacería? ¿Dónde estaban sus hombres, la comitiva que la había acompañado?

Salió de entre la maleza seguida por la llorosa Keldra.

—¡Sir Oliver!

Él se detuvo y les hizo un gesto para que se acercaran.

—¿Dónde está el resto de la partida de caza?

—Ahora os llevaré con ellos.

—¿Qué ha pasado con mis hombres?

—Están muertos o moribundos, milady.

—¡No puede ser verdad! —exclamó ella presa del miedo—. Iain es el mejor soldado de Inglaterra y el mejor jefe. Mis soldados son la mejor guarnición de Inglaterra. Una banda de forajidos o de mercenarios no ha podido derrotarlos a todos.

—Los superaban en una proporción de tres a uno y los bellacos que os atacaron estarán buscándoos. Tenemos que largarnos todo lo deprisa que podamos.

Sus alternativas parecían muy claras: o se quedaba y se arriesgaba a que las capturaran o se marchaba con sir Oliver. Sin decir nada, rodeó a Keldra con el brazo para sujetarla y siguió a sir Oliver.

### 3

—Gracias por acudir en nuestro auxilio —dijo Lizette entre jadeos un rato después.

Cuando las atacaron era por la mañana y en ese momento, a juzgar por el sol, había pasado el mediodía.

—No tiene importancia —replicó él con cierta brusquedad.

Quizá no tuviera importancia para él, pero si no hubiera aparecido, si no hubiera frenado a Lindall... Intentó no imaginarse lo que les habría pasado a Keldra y a ella.

Sir Oliver se paró repentinamente con la mano levantada. Casi al mismo tiempo, un joven de unos dieciséis años descendió de la rama de un árbol con un arco colgado de la espalda y una funda con flechas al costado. Él, como sir Oliver, llevaba una túnica de cuero sin camisa debajo, calzas de lana y botas. Además, el pelo le llegaba hasta unos hombros casi tan

anchos como los del noble irlandés. Tenía que ser de la partida de caza, un sirviente, seguramente, aunque no entendía muy bien qué hacía subido a un árbol.

—Vaya, Garreth... —le saludó sir Oliver.

El joven se acercó mirándolas con curiosidad antes de clavar los ojos en sir Oliver.

—Lady Elizabeth, os presento a Garreth —dijo sir Oliver—. Garreth, te presento a lady Elizabeth y a su doncella.

—Keldra —puntualizó Lizette mientras el joven las miraba con el ceño fruncido.

—Me he apartado del resto de la partida —le explicó sir Oliver—. Supongo que tú también te has apartado y estabas ahí arriba para buscarme a mí o a los demás. No sé adónde ha ido el resto de la partida de caza, pero, afortunadamente, pude acudir en auxilio de esta dama cuando atacaron a su cortejo, aunque no pude hacer gran cosa.

Garreth asintió con la cabeza y se apartó el flequillo.

—Un placer, milady —el joven tenía un acento distinto del de sir Oliver. Ella habría dicho que de Londres—. Como habéis dicho, milord, estaba buscando a los demás. Me temo que no hay ni rastro. El montero va a tener que darnos alguna explicación... como el perrero —añadió con indignación—. ¡Mandarme hacia el norte y luego desaparecer con los perros...! Me gustaría echarle el guante; iba a enseñarle un par de cosas sobre...

—Ya tendrás ocasión —le interrumpió sir Oliver—. Por el momento, será mejor que pongamos a salvo a esta dama y a su doncella; en el convento.

—¿El convento...? —repitió el joven.

El joven lo preguntó con tono sorprendido, pero su sorpresa no era comparable a la de Lizette.

—¿No nos alojará vuestro anfitrión? —preguntó Lizette.

—Es preferible el convento —insistió sir Oliver sin dar explicaciones—. Vamos.

Lizette no se movió. Quizá hubiera sido una incauta al confiar en ese noble. ¿Qué sabía de él que no fuera lo que él mismo le había contado?

—¿Adónde vais a llevarnos? —preguntó ella mientras retrocedía.

—A buen recaudo —contestó sir Oliver con impaciencia.

—No será con Wimarc...

—¿Wimarc...? —exclamó Garreth como si esa idea fuera un auténtico disparate.

—Al parecer, Wimarc ofrece una recompensa por esta dama, pero no va quedarse con ella —explicó sir Oliver.

¿Quedarse con ella? Se preguntó Lizette. Le pareció como si fuera un hueso que se disputaban dos perros y eso no le gustaba lo más mínimo.

Agarró el brazo tembloroso de Keldra y retrocedió un poco más dispuesta a salir corriendo aunque murieran de agotamiento. Sir Oliver se dio cuenta y frunció el ceño por la desesperación.

—No voy a haceros daño ni a entregaros a Wimarc. Os doy mi palabra de que no le entregaré ni a vos ni a ninguna mujer, haya recompensa o no.

La promesa no aplacó su miedo.

—No os conozco ni había oído hablar de vos. ¿Cómo puedo confiar en que vuestra palabra tiene algún valor?

Sus atractivos rasgos se endurecieron como si fueran una máscara de piedra.

—Salvo que queráis caer en manos de los hombres de Wimarc, creo que sólo podéis confiar en mí.

Garreth asintió con la cabeza y tensó la cuerda del arco contra su pecho.

—Podéis confiar en él, milady. Finn nunca hace daño a las mujeres.

¿Finn...? Se preguntó ella.

—Tampoco las roba si le dan un beso —añadió el joven.

—¡Sois el ladrón! —exclamó ella mientras Keldra dejaba escapar un lamento.

El ladrón, que al parecer se llamaba Finn, frunció el ceño e, inopinadamente, se ruborizó mientras miraba con enojo a su joven aliado.

—Como ha dicho él, no maltrato a las mujeres. Por eso, no voy a haceros nada ni a entregaros a Wimarc; quien sí las maltrata. Es un hombre perverso y vil y sea lo que sea lo que quiere de vos, no puede ser nada bueno. Hay un convento a unos kilómetros de aquí. Os llevaré allí y podréis escribir a vuestras hermanas explicándoles lo que os ha pasado.

—¿Por qué conocéis a mi familia? —preguntó ella con cautela.

—Ha estado en la corte —contestó Garreth como si la pregunta fuera ofensiva—. Incluso ha conocido al rey.

Ella había creído que ese ladrón era un noble irlandés; quizá también hubiera podido engañar a la corte, por muy imposible que pudiera parecer, pero eso no significaba que Keldra y ella estuvieran a salvo.